

Desgobiernos

—JOSEFA VEGA MACIA EN LIMACLARA EDICIONES—

Para la siguiente reflexión tomaré como punto de partida un interrogante: ¿Qué son las ONG?

Sin lugar a dudas todos tenemos una idea aproximada de lo que son, a qué se dedican, cómo consiguen fondos (sé que esto es puesto en tela de juicio en no pocas ocasiones, pero no es el objeto que nos ocupa aquí hoy) y cuáles son sus propósitos. En líneas generales creo percibir que gozan del respeto e incluso la estima de la gente, de la mayoría diría yo. Esto lo considero lógico puesto que el concepto puro de base es loable: hacer el bien a los demás.

Sin embargo, cuando a mi cabeza acuden pensamientos sobre estas organizaciones, a las que personalmente admiro, me indigno. Me indigno sobremanera porque pienso que no deberían existir, no tendrían que ser necesarias. Son una vergüenza para todos los

gobiernos, sí, una auténtica vergüenza. Para esos gobiernos que lejos de ayudar a los ciudadanos que los sostienen, se muestran absolutamente incapaces de resolver otros problemas que no sean los suyos propios y que, curiosamente, casi nunca coinciden con los que realmente preocupan a las personas corrientes.

Si yo fuera un gobierno, para mí sería una vergüenza que unas organizaciones formadas por ciudadanos, de esos que me mantienen en el poder con la esperanza de que en algún momento me decida a mirarles, escucharles y a prestarles atención, tengan la valentía y el coraje de intentar solucionar lo que yo no resuelvo porque en el fondo me es indiferente.

Si yo fuera un gobierno, para mí sería un tremendo bochorno administrar de modo pésimo los recursos de que dispongo, que no son míos sino de todos los ciudadanos anónimos que me otorgan su confianza y me permiten vivir como muchos de ellos ni sueñan, de tal manera que vacío las arcas y no tengo dinero para su educación, sanidad, investigación, ni tan siquiera para ayudar a los menos favorecidos. Es decir: gasto el dinero, su dinero, en no se sabe qué, a saber (armamento, grandes fastos, ayudas a entidades financieras, pago de deuda, etcétera) y dejo en manos de las ONG, asociaciones ciudadanas y colectivos sociales, religiosos, varios,

la lucha por resolver lo que de verdad importa a la inmensa mayoría.

Si yo fuera un gobierno, para mí sería detestable ver cómo aquellos a los que en su día adulé, regalé sus oídos prometiendo todo aquello que querían escuchar y les ofrecí la luna, hoy llaman a mi puerta reclamando lo que es suyo pero la encuentran cerrada porque aquí dentro la música está tan alta que no oigo sino lo que quiero, mientras otros hacen mi trabajo y yo acometo asuntos menos vulgares. Si gobernar es guiar, dirigir, cada día tengo más claro que nos han abandonado a la deriva y con muy pocos víveres.

Por todo ello y mucho más repruebo la conducta de los gobiernos, esclavos, hipócritas y servidores de la avaricia, rendidos al poder económico y sin más objetivo que seguir alimentando ese monstruo que nos devora sin compasión: el dinero.

Claro que, a cualquier organización, del tipo que sea, se le pueden criticar actuaciones, que de todo hay, lo sabemos y merece denuncia todo aquel que cometa irregularidades en sus gestiones, pero no me negarán que si en realidad a los que nos gobiernan, usted o yo les importásemos aunque solo fuera un poco, no habría

necesidad de acciones solidarias más allá de favores entre buenos vecinos.

Así pues concluyo mi modesto pensamiento en voz alta diciendo **GRACIAS**. Gracias a los que cuidan de los enfermos desatendidos, a los que procuran alimento a aquellos que tienen hambre, a los que enseñan a cultivar las tierras a hombres y mujeres (sus tierras, no lo olvidemos), a los que auxilian a los animales, a los que ayudan a los niños en toda la amargura que sufren en tantos lugares del mundo (desarrollados o no), a los que protegen a los ancianos, a los que median en los conflictos, a los que velan por que la educación llegue incluso donde está prácticamente prohibida, a los que impulsan el desarrollo, la investigación, las artes, a los que cuidan nuestro planeta, en resumen, a los guardianes de los derechos humanos, la paz y la libertad.

Gracias... y perdón por el desastre de mundo en el que tienen que trabajar y del que, nos guste o no, todos somos responsables por acción u omisión.

6 de octubre de 2013

Josefa Vega Maciá

—Desde ELCHE (ALICANTE), ESPAÑA